

Miguel Hernández

CUENTOS

PARA MI HIJO

MANOLILLO

(Para cuando sepa leer)

Ilustraciones de

Damián Flores

Sara Morante

Adolfo Serra

Alfonso Zapico

Prólogo y edición de

Víctor Fernández

Nørdicalibros

2017

- © Herederos de Miguel Hernández
- © De las ilustraciones: los ilustradores
- © Del prólogo: Víctor Fernández
- © De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-16830-53-4

Depósito Legal: M-7398-2017

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Ilustración de cubierta: David de las Heras

Diseño de colección y

maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y
Ana Patrón

Nuestro agradecimiento a Ana Real Duro

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Fotografía de Manuel Miguel, el segundo hijo de Miguel Hernández

CUENTOS DESDE SU CELDA

*«Háblame siempre de mi hijo.
Me haces casi feliz con lo que me dices de él».*

Miguel Hernández,
en carta a su mujer Josefina Manresa

El documento, redactado por el agente de segunda clase del Cuerpo de Investigación y Vigilancia, Antonio Marqués Bueno, y el agente especial Rafael Córdoba Collado, ambos destinados en el cuartel de Rosal de la Frontera, no deja lugar a dudas sobre la culpabilidad del reo, al menos a ojos de aquellos que fueron sus enemigos: «Es de suponer que este individuo haya sido en lo que fue la zona roja por lo menos uno de los muchos intelectualoides que exaltadamente ha llevado a las masas a cometer toda clase de desafueros, si que él mismo no se ha entregado a ellos». El responsable de «tan graves delitos» se encontraba detenido en un depósito carcelario cercano a la frontera con Portugal y había tratado inútilmente de convencer a las autoridades del nuevo régimen, las mismas que habían ganado una larga y sangrienta guerra civil, de que él era un hombre inocente, tan inocente, les advirtió, que era mejor que no se equivocaran, como ya se habían equivocado tres años antes con otro escritor, con Federico García Lorca, «que fue ejecutado

rápidamente, y según tiene entendido el mismo Franco (nuestro inmortal Caudillo) sentó mano dura sobre sus ejecutores».¹

Sin embargo, Miguel Hernández no tuvo suerte y su destino fue, con una breve excepción, el de dar tumbos por las cárceles españolas, convirtiéndose en un preso político más a quien se fue asesinando poco a poco por ser fiel a sus ideales, por seguir creyendo en la justicia social, por defender un mundo que había sido arrasado oficialmente el 1 de abril de 1939 con la derrota de aquella República, en la que Hernández tanto creyó, tras una cruenta guerra iniciada el 18 de julio de 1936 y que había tenido a las dos Españas enfrentadas.

La recta final de la vida de Miguel es sinónimo de la peor cara del primer franquismo: el hombre que no quiere ser un cómodo intelectual de sofá y se marcha a las trincheras donde esquivada las balas enemigas pasa a convertirse en uno de los numerosos presos que llenan las cárceles por motivos políticos. Una de sus pocas alegrías será el nacimiento el 4 de enero de 1939 de Manuel Miguel Hernández Manresa, su segundo hijo. Apenas lo pudo ver, pero se convirtió en una de sus últimas alegrías, en tema constante en sus conversaciones epistolares con su mujer, Josefina Manresa.

Este volumen recoge los cuatro cuentos que escribió entre rejas a Manuel Miguel, Manolillo para el poeta. Dos de ellos fueron publicados por primera vez en 1988 por José Carlos Rovira, catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Alicante, mientras que los dos restantes vieron

¹ El documento se reproduce íntegramente en Juan Guerrero Zamora, *Proceso a Miguel Hernández. El sumario 21.001*, Madrid, Editorial Dossat, 1990, págs. 23-26. Reproducido en Eutimio Martín, *El oficio de poeta. Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2010, pág. 550.

la luz con motivo de la exposición que se dedicó al poeta en la Biblioteca Nacional en ocasión del centenario de su nacimiento. Los cuatro cuentos en su conjunto representan un gesto de amor de un padre a su hijo en un tiempo oscuro, en el que era demasiado difícil pensar en la esperanza, si bien Miguel la encontró en su pequeño. Las alusiones a esta esperanza que Manolillo encarnaba son constantes en el epistolario que mantiene con Josefina, una vez que Miguel se ha convertido en un presidiario que ya no conocerá la libertad. En una de esas innumerables cartas, el poeta escribe:

«Manolillo de mi alma; sabrás que hoy has cumplido tu primer año, y que tu padre te felicita como puede, desde tan lejos. Puesto que ya andas, ven aquí conmigo y aprenderás a ser hombre en la cárcel, donde tantos hombres desaprenden. Me dice tu madre que no te gusta mucho el juguete que te he mandado y que te gusta más el biberón. Mejor. A mí me pasaría lo mismo».²

Convertido en uno de los presos de la cárcel de Alicante, pese a las duras condiciones en las que se encontraba, Miguel no perdió la esperanza y no dejó nunca de trabajar y de escribir para su hijo. Su salud menguaba de manera alarmante. Víctima de bronquitis y de un tífus que acabarían desembocando en la tuberculosis que lo mataría, el poeta buscó fuerzas donde ya no había para uno de sus últimos proyectos literarios. Así lo recordaba Josefina Manresa mucho tiempo después: «Transcurrió un mes así hasta que por fin lo pude ver. Lo sacaban entre dos personas que no sé si serían presos, cogido del brazo y lo dejaron agarrado a la reja. Llevaba un libro en la

² El mismo fragmento aparece citado en Josefina Manresa, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1981, pág. 143.

mano, eran dos cuentos para su hijo que él había traducido del inglés. Al terminarse la comunicación quiso darle él por su mano el libro al niño y no lo dejaron, como era su deseo. Así me lo decía en una esquela. Un guardia se lo tomó, y me lo dio a mí. Cuando el niño supo leer lo hice dueño del libro, pero más bien su lectura le hacía llorar al acordarse de su padre. Ahí están los borrones de las lágrimas que caían en las páginas».³

En una de las numerosas notas que Miguel remitió a Josefina, desgraciadamente sin fecha, aunque todo parece indicar que pudo ser escrita entre diciembre de 1941 y enero de 1942, además de los ruegos prácticos para su propia supervivencia entre rejas, hay una alusión a la que fue su nueva y última obra para su lector más querido:

Josefina, si hace un buen día te espero de una a una y media. Hazme un guisado de pescado blanco, con una patata sola y como una taza de caldo que esté aceitoso. No me mandes nada más de comer. Las dos lecheras de sustancia, desde luego, que no falten. Procura que el guisado venga hirviendo para comerlo algo caliente. Si hace mal día no vengas, que el médico me ha dicho ayer que debiera esperar dos o tres días. Pero yo quiero ver a mi hijo y a mi hija y dar al primero un caballo y un libro con dos cuentos que le he traducido del inglés.

Bueno, nena, hasta luego. Está haciéndose de día y creo que habrá sol.

Besos para mi niño. Te abraza,

MIGUEL.⁴

³Josefina Manresa, ob. cit., pág. 154.

⁴Miguel Hernández, *Obra Completa II. Teatro. Prosas. Correspondencia*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa Calpe, 1993, págs. 2075-2076.

El librito con los dos cuentos, «El potro obscuro» y «El conejito», fue confeccionado por Miguel Hernández con la ayuda de Eusebio Oca Pérez, responsable de pasar a limpio los textos del poeta y de realizar las ilustraciones, tal y como descubrió José Carlos Rovira.⁵ Maestro, periodista y excelente dibujante, Eusebio Oca era otro compañero entre rejas en Alicante y el perfecto aliado para dar forma a los cuentos de Miguel, redactados a lápiz en unas pequeñas hojas de papel higiénico de 12 por 19 centímetros. El amigo los pasó a limpio y los enriqueció creando una grafía especial para ellos, además de unos bellos y sencillos dibujos pintados con acuarelas.

Hasta la conmemoración del centenario del poeta, no se supo que no eran dos sino cuatro los cuentos que escribió y luego su compañero de prisión Oca Pérez ilustró. Fue en ese momento cuando Julio Oca, hijo del maestro y dibujante, reveló que guardaba un cuaderno de seis páginas, todas ellas cosidas en la parte superior por un hilo de color ocre. Además de las dos piezas conocidas, Miguel Hernández también era el autor de «Un hogar en el árbol» y «La gatita Mancha y el ovillo rojo». El conjunto, hoy guardado en la Biblioteca Nacional de Madrid, es probablemente el último trabajo literario del poeta y donde, pese a la aparente ingenuidad de los cuentos, sigue volcando su verdad, buscando un amanecer que no llega. Buen ejemplo de ello son los protagonistas del primero de los relatos, «El potro obscuro», que viajan hasta un mundo onírico, a un lugar imposible y maravilloso llamado la Ciudad del

⁵ José Carlos Rovira, «De la poesía de guerra a las “últimas ausencias” de Miguel Hernández», en *Miguel Hernández. La sombra vencida. 1910-2010*, tomo I, Madrid, Biblioteca Nacional, 2010, pág. 120.

Sueño. Tampoco parece exagerado imaginar que Miguel estuviera pensando en su hijo cuando redactaba las últimas líneas de «La gatita Mancha y el ovillo rojo», aquellas que dicen:

Porque el gato más valiente,
si sale escaldado un día,
huye del agua caliente,
pero, además, de la fría.

Pero la esperanza de Miguel se fue apagando poco a poco, en la enfermería de la prisión de Alicante donde murió el 28 de marzo de 1942. Tenía treinta y un años.

El cuaderno manuscrito del poeta fue guardado por Eusebio Oca, que, tiempo después, se lo entregaría a su hijo para su custodia. Cuando el cuaderno fue adquirido en 2014 por la Biblioteca Nacional pudo constatar que, en una de las páginas, Miguel empezó a dibujar lo que parecía una pequeña granja, con un pavo y una paloma. Tal vez estaba imaginando con el lápiz lo que quería hacer en libertad, junto con su mujer y su hijo. Es la casa «pintada, no vacía», aquella cubierta «del color de las grandes / pasiones y desgracias». Como él mismo rogaba en el poema: «Dejadme la esperanza».⁶

VÍCTOR FERNÁNDEZ
Barcelona, febrero de 2017

⁶ Mi agradecimiento a Anna Maria Iglesia, que hace mejores mis textos.

EL POTRO OSCURO

Ilustraciones de
Sara Morante

Una vez había un potro oscuro. Su nombre era Potro-Oscuro.

Siempre se llevaba a los niños y las niñas a la gran ciudad del sueño.

Se los llevaba todas las noches. Todos los niños y las niñas querían montar sobre el Potro-Oscuro.

Una noche encontró a un niño.

El niño dijo:

*¡Llévame, caballo
pequeño,
a la gran ciudad
del sueño!*

—¡Monta! —dijo el Potro-Oscuro.

Montó el niño y fueron galopando, galopando, galopando.

Pronto encontraron en el camino a una niña.

La niña dijo:

*¡Llévame, caballo pequeño,
a la gran ciudad del sueño!*

—¡Monta a mi lado! —dijo el niño.

Montó la niña y fueron galopando, galopando, galopando.

Pronto encontraron en el camino a un perro blanco.

El perro blanco dijo:

*¡Guado, guado, guaguado!
¡A la gran ciudad del sueño
quiero ir montado!*

—¡Monta! —dijeron los niños.

Montó el perro blanco y fueron galopando, galopando, galopando.

Pronto encontraron en el camino a una gatita negra.



La gatita dijo:

*¡Miaumido, miaumido,
miaumido!
¡A la gran ciudad del sueño
quiero ir, ya
ha obscurecido!*

—¡Monta! —dijeron los niños y el perro blanco.

Montó la gatita negra, y fueron galopando, galopando, galopando.

Pronto encontraron en el camino a una ardilla gris.

La ardilla gris dijo:

*¡Llévenme ustedes,
por favor,
a la gran ciudad del sueño,
donde no hay pena
ni dolor!*

—¡Monta! —dijeron los niños, el perro blanco y la gatita negra.